

**EL CUADRO DE SANTA CATALINA DE LA CATEDRAL VUELVE A SEVILLA DESPUÉS DE 400 AÑOS.
SE EXPONE EN LA MUESTRA DEDICADA AL PINTOR JUAN DE ROELAS**

De Sevilla vino y a Sevilla ha vuelto, aunque sólo por tres meses. El pasado 26 de noviembre se inauguró en el Museo de Bellas Artes de Sevilla la exposición “Juan de Roelas (h. 1570-1625)”, que estará abierta hasta el 15 de febrero. El Cabildo de la catedral de Santa Ana prestó el cuadro de Santa Catalina de Alejandría, que en el catálogo se cita con el título de “La Virgen con el Niño y Santos, y el canónigo Bartolomé Cairasco”. En el Museo de Bellas Artes, antiguo convento de La Merced, ocupa un lugar destacado, en la cabecera de la primera de las salas dedicadas a la exposición. Incluso, el acto de inauguración se hizo delante del mismo. Pude comprobar que los visitantes lo contemplan detenidamente, admirándose de su composición, sobre todo por el rompiente de luz que cae sobre las figuras centrales y celestiales, la Virgen con el Niño, Santa Catalina y San Bernardo, en contraposición al oscuro que envuelve el paisaje y a los otros dos personajes, San Julián y el donante Cairasco. Enrique Valdivieso comenta que “en las obras de Roelas lo humano adquiere un especial protagonismo, y lo divino no permanece distante y alejado, sino próximo”. El naturalismo de este artista fue criticado por Francisco de Pacheco, suegro de Velázquez, en su obra *El arte de la Pintura*, acusándole de ser “diestro en el colorido, aunque falto en el decoro”, sobre todo por haber pintado al Niño Jesús desnudo en la Adoración de los pastores del retablo de la iglesia de la Anunciación de la antigua Casa Profesa de los jesuitas. “¿Cómo se atreven a pintarlo así?”, escribió indignado Pacheco.

Nacido en Flandes, trabajó y murió en España

Juan de Roelas nació en Flandes hacia 1570. Con su padre Jacques de Roelas, también pintor, se trasladó a Valladolid en la última década del siglo XVI. Realiza en la ciudad castellana los primeros trabajos bajo el mecenazgo del Duque de Lerma, Francisco de Sandoval y Rojas, al mismo tiempo que sigue los estudios eclesiásticos. Al parecer, el joven pintor viajó a Venecia para conocer el estilo pictórico de los grandes maestros italianos como Tintoretto y Veronés. Ordenado sacerdote, consigue en 1603 una prebenda en la colegiata de Olivares (Sevilla), villa originaria de la Casa del Conde de Olivares. Ostentaba entonces el título Enrique de Guzmán, padre del que sería poderoso conde-duque de Olivares, Gaspar de Guzmán, valido de Felipe IV. En 1606 Roelas se establece en Sevilla, donde compatibilizará el oficio de pintor con una capellanía en la iglesia de El Salvador. Ingresó en la Hermandad sacerdotal “San Pedro ad vínculo” en 1612. En 1617 solicita la plaza de pintor en la Corte, que se otorga a Bartolomé González, a pesar de que el año anterior había realizado diversos encargos del monarca para el convento de la Encarnación y el Hospital del Niño Jesús. El pago de estos trabajos tuvo que reclamarlos el pintor al rey “por encontrarse falto de dinero”. En 1619 el duque de Medina Sidonia, Manuel Alonso, le contrató para hacer las pinturas del retablo de la iglesia de la Merced de Sanlúcar de Barrameda. En 1621 regresó a Olivares, donde falleció el 23 de abril de 1625, siendo enterrado en la iglesia colegiata.

El cabildo de la catedral de Canarias encargó cuatro pinturas a Roelas

A pesar de las críticas de Pacheco, su época más productiva fue la sevillana. La Compañía de Jesús, el convento de La Merced, colegios, iglesias, hospitales, la catedral metropolitana hispalense...y la catedral de Canarias encargaron importantes obras “a

quien la fama cuenta maravillas”. Este elogio está en la sección de cartas del archivo de la catedral de Santa Ana. Cuatro son las obras documentadas o atribuidas a Roelas que adquirió el cabildo canariense, lo que prueba que éste estaba al tanto de las corrientes artísticas de su tiempo y de los principales maestros que las representaban. Recordemos, que en la misma década, se encargó a Pacheco los cuadros de San Zacarías y de Santa Isabel.

Las obras que se encargaron a Juan de Roelas para la catedral fueron Santa Ana o la Sagrada Familia, San Sebastián, Santa Ana enseñando a María y Santa Catalina. Las dos primeras fueron contratadas por el deán Francisco Mexía durante su viaje a la ciudad hispalense. Están documentados en el Libro de Cuentas y en cartas, datos que transcribimos: “Mil y ciento y ocho reales que pagó en Sevilla al señor Deán Francisco Mexía por el cuadro de Santa Ana y el cuadro de San Sebastián que se hicieron en Sevilla por orden del Cabildo y para los costos del libro de ceremonias y otras cosas” (cuentas Fábrica, 1601-1621). “Los mil reales que vuestra merced (Deán) dice haber cobrado de Jerónimo de Medina tenemos por bien dados para los cuadros que me dice del retablo para esta Santa Iglesia del sumo J. Roelas, de quien la fama cuenta maravillas” (carta al Deán Mexía de 9 de febrero de 1609).

El cuadro de San Sebastián costó 200 reales y en un inventario de 1854 se le describe así: “de cosa de dos varas y media de palo pintado de negro en la Sacristía de los Canónigos”. Se desconoce el paradero de esta pintura. De San Sebastián hizo Cristóbal de Quintana un nuevo cuadro en 1725, costado por don Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu, que se colocó en el testero de la nave del Evangelio, y en 1797 Juan de Miranda pintó el lienzo que ahora vemos en la cabecera de la nave de la Epístola.

El cuadro de la Sagrada Familia o Parentela de Roelas se hizo para el Trascoro y costó 750 reales. Actualmente se encuentra en la capilla de Ntra. Sra. de Los Dolores. Es una pintura deliciosa por el calor humano que transmite. Representa a las tres generaciones de la Sagrada Familia: los abuelos Ana y Joaquín, los padres José y María y los niños Jesús y su primo Juanito. Mientras el Niño Jesús duerme, San Juanito se dirige al público pidiendo silencio.

Don Jesús Hernández Perera atribuyó a Roelas el cuadro de Santa Ana enseñando a la niña María y el de Santa Catalina, propuesta seguida por otros estudiosos del pintor flamenco-español y ratificada por los comisarios de esta magna exposición. El tema de Santa Ana maestra de su hija María fue considerado por Pacheco como inadecuado pues “llegar exteriormente a tomar lección de su madre arguye imperfección y denota ignorancia de aquello que se le da”. Artistas como Martínez Montañés, Murillo o Roelas no hicieron el menor caso a estos escrúpulos del suegro de Velázquez y plasmaron con frecuencia esta iconografía. Roelas hizo, al menos, cinco versiones de este tema tan tierno y humano, de las que dos están en la exposición. El de la catedral de Santa Ana, que actualmente contemplamos en la capilla de San Gregorio, es el más sencillo, prevaleciendo la ingenuidad de los rostros y miradas de ambas mujeres. San Joaquín contempla la escena en un segundo plano y en lo alto dos angelitos sostienen una corona floreada. La joven María, con dos libros cerrados en su mano izquierda, mira al espectador, recurso frecuente de Roelas y que se repite en las tres pinturas suyas conservadas en la catedral.

El cuadro de Santa Catalina de Roelas en la capilla fundada por Bartolomé Cairasco de Figueroa

El prior Bartolomé Cairasco, fundador de la capilla de Santa Catalina y lugar de su enterramiento, afirma en su testamento otorgado el 10 de octubre de 1610, dos días antes de su muerte, que el cuadro lo trajo de Sevilla, lo que refuerza la atribución de la autoría a Juan de Roelas: “En el cual altar quiero que se ponga un retablo, que yo hice traer de Sevilla, de nuestra Señora y su Hijo bendito y Santa Catalina Alexandrina, mi patrona, cuya es la advocación de la dicha Capilla, e de San Bernardo e San Julián, patronos de mis antepasados y míos, y el dicho retablo se ponga en un bastidor moldado e dorado por mano de buen artífice”.

Roelas representa correctamente la iconografía de estos santos. El tema principal de la pintura es los desposorios de Catalina de Alejandría con el Niño Jesús, experiencia mística que se atribuye a esta santa y también a Santa Catalina de Siena. Esta coincidencia ha confundido a intérpretes despistados. En el cuadro de la catedral, Santa Catalina de Alejandría, además del anillo de los desposorios, porta la palma y la espada de su martirio, y a sus pies está la cabeza de Majencio, el emperador que mandó torturarla y decapitarla en el año 307 por negarse a casarse con él. La santa viste ricos trajes y lleva corona de princesa, porque según la “Leyenda Dorada” era hija única del rey Costo. San Bernardo de Claraval (1090-1153), vestido del hábito cisterciense, besa la mano del Niño, mientras que María le mira complaciente. Roelas prefirió retratarlo joven, a diferencia del cuadro que pintó para la Sala Capitular del hospital de su nombre en Sevilla, donde aparece entrado en años y con arrugas en su rostro. Finalmente, San Julián es representado vestido de caballero, atuendo que corresponde a la primera parte de su vida. Luego sería ermitaño hospitalario. La leyenda de este santo es de las más curiosas que hay en el santoral cristiano. Según el “Romancero Español” nació en Nápoles de padres españoles en el siglo IV. Atormentado en su interior por el complejo de Edipo, huyó de la casa paterna y se casó, estableciéndose en España donde se dedicó principalmente a la caza. Los padres no dejaron de buscarle insistentemente durante años hasta que dieron con su vivienda. Julián estaba de cacería y su mujer les dió hospitalidad, invitándoles a descansar en su cama hasta que llegase su esposo, mientras ella se dedicaba a sus labores en otras dependencias. Julián, al entrar en su habitación, creyó que su mujer estaba acostada con otro hombre y lleno de celos mató a sus padres, cumpliéndose así el fatal destino. Para expiar su horrible crimen dedicó el resto de su vida, acompañado de su esposa, a asistir a los peregrinos, viviendo como un ermitaño. Fundó un hospital y una noche ayudó a un leproso: era Jesús, que había perdonado su pecado. Roelas representó al santo en su primera época de caballero. Por eso, lo ubicó entre sombras, con una tenue luz que ilumina parte de su rostro. Mirando al espectador, con su mano izquierda le invita a cambiar de vida, como él lo había hecho, para que entre a participar y gozar de la luz celestial.

Julio Sánchez Rodríguez

Lo Provincia-Diario de Las Palmas, 15 de enero de 2009.